

Andújar en lo intelectual, de ahí lo autobiográfico) y de alguna forma tiene que darle las gracias al franquismo, pero no sabe cómo hacerlo. O sea, en resumidas cuentas, tiene tanto que agradecer y reprochar al mismo tiempo que no encuentra cuál de los sentimientos es el mejor para expresar la ambigüedad de su existencia, elemento que está presente a todo lo largo de la obra, dado que ambiguas son su trama y las vicisitudes de sus personajes.

Manuel Andújar completa esta aparente dificultad de la lectura de *La Voz y la Sangre* con el manejo de una prosa bastante metafórica que en muchos momentos recuerda a Valle-Inclán. Un recreo continuo de las posibilidades del idioma, demostrando que sí se puede ir más allá en la construcción literaria. Obreros del castellano (dado que no solamente se han limitado a escribir en él sino a investigarle) como Borges y Neruda, llegaron a la amarga conclusión que es un idioma sin recursos, con mucho que envidiarle al inglés y a otros idiomas, sobre todo en el campo de sinónimos y antónimos. Al margen de polémicas o coincidencias, se puede afirmar que los *baches* que en algún caso pueda tener el castellano, son factibles de paliar mediante el ingenioso uso de términos corrientes, vulgares, con los que nos expresamos a diario. Y este es un aspecto importante de resaltar en el caso de Manuel Andújar y de la novela que tratamos. Andújar parece ser consciente de estas anomalías del castellano, angustioso recurre a la metáfora y magistralmente juega con ella obligando al lector a un interesante ejercicio de comparaciones, sobre todo en el campo de los adjetivos. Pero no sólo termina aquí la tarea de Andújar en este sentido: utilizando al personaje y la acción principal de la obra, rescata vocablos fenecidos, que más que nunca obligan a la relación íntima de todas las palabras con el discurso implícito en la frase. De esta forma —y valga más que todo para las actuales generaciones intoxicadas de anglicismos— se logra un remozamiento positivo del lenguaje, labor que bien pensado y visto no es del todo difícil, dados los pocos años que nos separan de un uso más correcto del idioma. La metáfora es el mejor camino para lograr una escritura que podemos llamar irónica, la cual, a su vez, sirve de llave de paso tanto a la jocosidad como a la tristeza.

Y es que la tristeza es el estado de ánimo que acompaña a don Dionisio y a casi todos los personajes de *La voz y la Sangre*. Una tristeza cuyo origen no es muy difícil de localizar, pues como se ha insinuado, el protagonista no sabe hasta qué punto debe mostrarse agradecido con la desgracia. Y esta disyuntiva es como una losa que pesa sobre su ánimo, un complejo de culpabilidad que le impide sincerarse consigo mismo y poder decir que la vida es distinta cada día que pasa, que en el próximo amanecer hay una nueva creación de la humanidad y de las cosas. Por eso inventa lo de las encuestas, en un intento de llegar a verdades que aunque intuye, no tiene el valor definitivo de reconocer abiertamente. Al mismo tiempo teme que a un trauma histórico pueda suceder otro, es decir, al inventario pormenorizado de las causas de la guerra y sus secuelas, prosiga la conmoción que pueda avvicinársele a la sociedad española con la instalación del Estado de derecho para el que no está preparada. Una época de transición tan difícil que se intuye en la psicología de otros personajes como Genia quien es uno de los elementos *frontera*, es decir, equidistantes entre dos mundos que por mucho que deseen separarse, no pueden dejar de estar compenetrados, de

darse la mano, pues quiérase o no pertenecen a un mismo tipo idiosincrático que aún no ha sucumbido en el tremendo de la historia. En general todos los personajes femeninos que se encuentran en *La Voz y la Sangre* aportan un hálito de frescura ante lo rancio y quejumbroso del espíritu de la obra, sabiendo desempeñar un papel entre el erotismo y la vanguardia intelectual de los tiempos que concurren. Transpiran alegría, una alegría que no es más que un querer ser otra cosa, que no siempre pueden cumplir totalmente.

El gran descubrimiento de don Dionisio es que la sociedad española que encuentra después de tantos años de estar separado de ella, es otra, sí, pero en la que están presentes de forma viva los elementos que posibilitaron los deseos de cambio cuatro décadas atrás. Que no todo se ha perdido, que algunas de las semillas germinaron y fue por lo fértil del terreno. Si se advierten unos síntomas traumáticos en la sociedad moderna, es porque algo viene de atrás, porque el país tiene unas cuentas pendientes que quiere ajustar. Entonces no hay ese profundo divorcio entre las dos épocas y las dos sociedades a las que el protagonista y sus acompañantes de epopeya pertenecen. Por lo que don Dionisio queda tranquilo, sumergido en su mar de recuerdos y, a la vez, respirando los aires de una nueva juventud, esa lucha contra la decrepitud que gustoso cambiaría por la muerte.

Habría que conocer en su totalidad la obra de Manuel Andújar, para saber hasta qué punto *La Voz y la Sangre* es un libro de memorias con título trucado. Pero conociendo parte de su andadura intelectual, se puede deducir el propósito de este escritor jiennense, al plantear en una novela la gran vicisitud de toda una vida y el cruce de épocas y culturas en la magia del retorno a la patria. La impresión que se saca es que Andújar cierra un ciclo, su entero trajín literario, para entregar al mundo actual y a la posteridad, el análisis final de lo que ha constituido todos sus desvelos.—
MIGUEL MANRIQUE (*Palomares*, 7, 3º. LEGANES. Madrid.)

Sobre el pensamiento político en la Edad Media *

La obra está dividida en nueve capítulos que abarcan todo un recorrido sobre las ideas políticas medievales.

En el primer capítulo se hace una exposición sobre los fundamentos del origen de las ideas del poder político medieval que tienen sus bases más próximas en la Baja Latinidad y las más lejanas en los textos bíblicos.

La importancia crucial que la Iglesia tiene a partir del año 380 en la configuración de la ideología medieval dará lugar al Estado Occidental Cristiano.

* WALTER ULLMANN: *Historia del pensamiento político en la Edad Media*. Ariel. Barcelona, 1983.

La aparición de la teoría del poder descendente en el siglo V institucionalizará a éste de forma jerárquica y piramidal, dando como resultado la función monárquica del Papado.

Esta concepción absoluta de un solo Papa incidirá en el concepto de un solo Rey o Emperador de la Cristiandad que, además, es a la vez sacerdote; ideas íntimamente enlazadas con las imperiales romanas y su carácter divino.

De aquí surgirá en los siglos medievales la lucha entre el Papado y el Imperio, por las diferencias en cuanto a la concepción y origen del poder y los límites de éste en uno y otro.

En el segundo capítulo el autor acomete la exposición de los conceptos anteriores, asumidos ya por el mundo occidental, que más tarde generarán la noción de Europa y que tuvieron un firme valedor en el Papa Gregorio I. No menos importante fue el papel jugado por la aparición de la Biblia Vulgata en este sentido, de manera que la Iglesia occidental y la monarquía de los reyes francos aparecen unidas y confundidas, aceptando sus monarcas el arbitraje de Roma; mientras Bizancio se separa de esta dirección, no reconociendo el magisterio romano.

Se aunaban así los viejos principios de la unción sagrada de los reyes que recogía el Antiguo Testamento y que el Papado materializaba en la consagración real, ceremonial litúrgico que hacía reyes «por la gracia de Dios».

Los epígrafes tercero y cuarto están dedicados al estudio de la doctrina hierocrática del poder junto a la «clericalización» de las ideas políticas. Así, la sociedad quedaba convertida en una «corporación de creyentes», donde lo eclesiástico tenía un lugar preferente frente a lo secular, las leyes tenían como fin primordial «ordenar» a la sociedad y el rey que no obraba de acuerdo con esta finalidad se convertía en hereje.

No pocas falsificaciones de documentos que se hicieron en círculos próximos al alto clero contribuyeron a robustecer estas teorías políticas que configuraron la Edad Media y marcaron profundamente los siglos posteriores.

Sin embargo, la contradicción que implícitamente llevaban tales conceptos político-religiosos era muy fuerte: la oposición entre laicos y eclesiásticos, en sus causas últimas, o la querrela de las Investiduras, en su forma más apariencial.

Las universidades de Rávena y Bolonia, en el siglo XII, juegan un importante papel con sus estudios legales que comienzan a orientar el cambio de la sociedad. Otro orden estaba naciendo con pujante fuerza.

El quinto capítulo está dedicado a exponer las dificultades que llevaban aparejada la unión de los reyes cristianos a la teocracia real; lo que en principio fue indispensable con el paso del tiempo se convirtió en un inconveniente que discutía su propia esencia. Comenzaba la búsqueda de la idea de un Estado que no tuviese nada que ver con las ideas cristocéntricas.

Dentro de estas limitaciones del poder real se aborda el ejemplo inglés en el que, a causa de «cesiones» a la nobleza feudal se sientan las bases del parlamentarismo, configurándose el principio de una ley común, fundamento del constitucionalismo británico.

La aparición de nuevas ideas, el anuncio de los tiempos que auguran la modernidad están expuestos en los capítulos sexto, séptimo y octavo, donde se

plasman las viejas máximas aristotélicas que aparecen remozadas en la segunda mitad del siglo XIII y que configuran junto al tomismo las bases ideológicas de los nuevos tiempos: el paso de lo feudal a lo absoluto; en definitiva, el desarrollo del Estado Autoritario.

En este proceso las ciudades participan activamente con el fenómeno de asociaciones populares tales como gremios y cofradías que organizan su vida de forma particular y sin tener en cuenta directrices superiores con el fin de racionalizar el existir de cada día. Una vez más, la vida real corría por senderos diferentes a los de la vida oficial.

La teoría del «poder descendente» tiene su contrapartida en la primera mitad del siglo XIV, donde el concepto opuesto estaba fuertemente asentado y contribuyó de forma importantísima a la consecución de las nuevas ideas políticas, impregnando también a la Iglesia, a comienzos del siglo XV, con el fenómeno del «conciliarismo» como respuesta, no casual, para controlar el poder papal.

En conclusión diremos que Walter Ullmann nos presenta un magnífico trabajo, de lectura amena, aunque mucho del material que lo compone encuentra claras resonancias en su *Principios de gobierno y política en la Edad Media*.

En el texto que nos ha ocupado gana en claridad de exposición, demostrando cómo un texto sobre ideas políticas no tiene por qué ser algo pasado de moda. Damos la razón plenamente al autor de la vigencia de este tipo de estudios que ayudan a conocer más profundamente el momento actual. Sin embargo, un determinado análisis de ideas no tiene necesariamente que determinar procesos políticos concretos, a no ser en conjunción con aspectos menos ideológicos, pero no menos reales, como ocurre con las condiciones y los modos de producción, por ejemplo. Desde luego es algo indiscutible ya a estas alturas que el estudio del pasado político no puede tomarse como explicación genética del presente.

Por último, apuntar que no hay en el libro ni una sola referencia a la evolución de las ideas políticas medievales en la península Ibérica, tema que hubiera completado, de mejor manera, el panorama europeo, objeto del estudio del profesor Ullmann.—ANGUSTIAS CONTRERAS VILLAR. (*Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Córdoba.*)

Bibliografía flamenca

Si hasta los años sesenta la bibliografía flamenca puede decirse que era escasa, a partir de entonces, y sobre todo en los últimos años, hay una especie de fiebre por escribir sobre el tema. Indudablemente, decir dos palabras sobre cante está de moda. Malo es que a esta moda no acompañe siempre el estudio, como debería ser, pero de todo pueden sacarse consecuencias, incluso aunque sean a veces negativas. Vamos a ocuparnos en conjunto de media docena de volúmenes que nos han ido llegando últimamente.